

Peruanicemos al Perú

EL PROCESO DE LA LITERATURA PERUANA

V

La flaqueza, la anemia, la flacidez de nuestra literatura colonial y colonialista proviene de su falta de raíces. La vida, como lo afirmaba Wilson, viene de la tierra. El arte tiene necesidad de alimentarse de la savia de una tradición, de una historia, de un pueblo. Y en el Perú la literatura no ha brotado de la tradición, de la historia, del pueblo indígenas. Nació de una importación de literatura española; se nutrió luego de la imitación de la misma literatura. Un enfermo cordón umbilical la ha mantenido unida a la metrópoli.

Por eso no hemos tenido casi sino barroquismo y culteranismo de clérigos y oidores, durante el coloniaje; romanticismo y trovadismo mal trasegados de los biznietos de los mismos oidores y clérigos, durante la república.

La literatura colonial, malgrado algunas solitarias y raquíticas evocaciones del imperio y sus fastos, se ha sentido extraña al pasado incaico. Ha carecido absolutamente de aptitud e imaginación para reconstruirlo. A su historiógrafo Riva Agüero esto le ha parecido muy lógico. Vedado de estudiar y denunciar esta incapacidad, Riva Agüero se ha apresurado a justificarla, suscribiendo con complacencia y convicción el juicio de un escritor de la metrópoli. "Los sucesos del Imperio Incaico—escribe en su estudio sobre la literatura del Perú independiente—según el muy exacto decir de un famoso crítico (Menéndez Pelayo), nos interesan tanto como pudieran interesar a los españoles de hoy las historias y consejos de los Turdetanos y Sarpetanos". Y en las conclusiones del mismo ensayo dice: "El sistema que para americanizar la literatura se remonta hasta los tiempos anteriores a la Conquista, y trata de hacer revivir poéticamente las civilizaciones quechua y azteca, y las ideas y los sentimientos de los aborígenes, me parece el más estrecho e infecundo. No debe llamársele **americanismo** sino **exotismo**. Ya lo han dicho Menéndez Pelayo, Rubio y Luch y Juan Valera; aquellas civilizaciones o semicivilizaciones murieron, se extinguieron, y no hay modo de reanudar su tradición, puesto que no dejaron literatura. Para los criollos de raza española, son extranjeras y peregrinas y nada nos liga con ellas; y extranjeras y peregrinas son también para los mestizos y los indios cultos, porque la educación que han recibido los han europeizado por completo. Ninguno de ellos se encuentra en la situación de Garcilazo de la Vega". En opinión de Riva Agüero—opinión característica de un descendiente de la conquista, de un heredero de la colonia, para quien constituyen artículos de fé los juicios de los eruditos de la Corte—"recursos mucho más abundantes ofrecen las expediciones españolas del XVI y las aventuras de la Conquista".

Adulta ya la república, nuestros literatos no han logrado sentir el Perú sino como una colonia de España. A España partía, en pos no sólo de modelos sino también de temas, su imaginación domesticada. Las antologías guardan como una de las mejores piezas de la poesía nacional, la "Elegía a la Muerte de Alfonso XII" de Luis Benjamín Cisneros, que fué sin embargo, dentro de la desvaída y ramplona tropa romántica, uno de los espíritus más liberales y ochocentistas.

El literato peruano no ha sabido casi nunca sentirse vinculado al pueblo. No ha podido ni ha deseado traducir el penoso trabajo de formación de un Perú integral, de un Perú nuevo. Entre el inkario y la colonia, ha optado por la colonia. El Perú nuevo era una nebulosa. Sólo el inkario y la colonia existían neta y definitivamente. Y entre la balbuceante literatura peruana y el inkario y el indio se interponía, separándolos e incomunicándolos, la Conquista.

Destruída la civilización incaica por España, constituido el nuevo Estado sin el indio y servidumbre, la literatura peruana tenía que ser, contra el indio sostenida la raza aborígen a la criolla, costeña, en la proporción en que dejara de ser española. No pudo por esto, surgir en el Perú una literatura vigorosa. El cruzamiento

del invasor con el indígena no había producido en el Perú un tipo más o menos homogéneo. A la sangre ibera y quechua se había mezclado un copioso torrente de sangre africana. Más tarde la importación de **coolies** debía añadir a esta mezcla un poco de sangre asiática. Por ende, no había un tipo sino diversos tipos de criollos, de mestizos. La fusión de tan disímiles elementos étnicos se cumplía, por otra parte, en un tibio y sedante pedazo de tierra baja, donde una naturaleza indecisa y negligente no podía imprimir en el blando producto de esta experiencia sociológica un fuerte sello individual.

Era fatal que lo heteróclito y lo abigarrado de nuestra composición étnica trascendiera a nuestro proceso literario. El orto de la literatura peruana no podía semejar, por ejemplo, al de la literatura argentina. En la república del sur el cruzamiento del europeo y del indígena produjo al gaucho. En el gaucho se fundieron perdurable y fuertemente la raza forastera y conquistadora y la raza aborígen. Consiguientemente la literatura argentina—que es entre las literaturas ibero-americanas la que tiene más personalidad—está permeada de sentimiento gaucho. Los mejores literatos argentinos han extraído del estrato popular sus temas y sus personajes. Santos Vega, Martín Fierro, Anastasio el Pollo, antes que en la imaginación artística, vivieron a las más modernas y distintas influencias cosmopolitas, no reniega su espíritu gaucho. Por el contrario, lo reafirma alternativamente. Los más ultraístas poetas de la nueva generación se declaran descendientes del gaucho Martín Fierro y de su bizarra estirpe de payadores. Uno de los más saturados de occidentalismo y modernidad, José Luis Borges, a-

VINOS OCUCAJE

UN CUARTO DE SIGLO
INSISTENTEMENTE PREFERIDOS

QUE MEJOR RECOMENDACION
PUEDE UD. EXIGIR ?

FELIPE ZUNINI & CIA

TELÉFONO 1213

TIPUANI 194
LIMA



EL VINO TINTO DE LUJO

Discípulos de Listas y Hermosillas, los li-
dopta frecuentemente la prosodia del pueblo.
teratos del Perú independiente, en cambio, ca-
si invariablemente desdénaron la plebe. Lo úni-
co que seducía y deslumbraba su cortesana y pá-
vida fantasía de hidalgueros de provincia era
lo español, lo virreynal. Pero España estaba
muy lejos. El virreynato—aunque subsistiese
el régimen feudal establecido por los conquista-
dores—pertenecía al pasado. Toda la litera-
tura de esta gente dá por esto, la impresión de
una literatura desarraigada y raquítica, sin raí-
ces en su presente. Es una literatura de im-
plicitos "emigrados", de nostálgicos sobrevi-
vientes.

Los pocos literatos vitales, en esta palúdi-
ca y clorótica teoría de cansinos y chafados re-
tores, son los que de algún modo tradujeron
al pueblo. La literatura peruana es una pesada
e indigesta rapsodia de la literatura española,
en todas las obras en que ignora al Perú vi-
viente y verdadero. El ay indígena, la pirueta
zamba, son las notas más animadas y veraces de
esta literatura sin alas y sin vértebras. En la
trama de las "Tradiciones" ¿no se descubre en-
seguida la hebra del chispeante y chismoso me-
dio pelo limeño? Esta es una de las fuerzas
vitales de la prosa del tradicionista. Melgar,
desdénado por los académicos, sobrevivirá a
Albarrán, a Pardo y a Salaverry porque en sus
yaravies encontrará siempre el pueblo un vis-
lumbre de su auténtica tradición sentimental y
de su genuino pasado literario.

González Prada, espíritu y mentalidad euro-
peos, abre, como ya he dicho, otro capítulo.

José Carlos MARIATEGUI.